

Eduardo Blanco Amor: intruso, impertinente, imprescindible

Reportaje Xente de aquí, Revista Luces. Publicado por el País y escrito por Suso de Toro.
Original (en gallego) [aquí](#).

Hay personas de naturaleza tan particular que actúan como un reactivo, catalizador, fermento o simplemente como un grano de sal. Puede ser que Eduardo Blanco Amor no perteneciera a ninguna de esas categorías, que fuese más bien un trago que causa revuelo en la ordenada vida doméstica y deja la casa patas arriba. Tratar con Blanco Amor no debió ser fácil, más fue una pieza imprescindible.

“ Se le escapó Lorca porque quizá no aguantaba sus amaneramientos ”

Fue perturbador. Cuando Ricardo Carvalho Calero escribe su monumental y admirable *Historia da Literatura Galega Contemporánea* interrumpe el texto, análisis atrasadas de las obras de cada autor, y se detiene a litigar con Blanco Amor. Éste consiguió romper la compostura del señor catedrático, le hace perder los papeles. Esa estampa de las dos figuras enfrentadas dibuja bien al Eduardo, el titiritero que descabalgaba de la cátedra a la autoridad canónica. Blanco Amor imponía miedo, era desestabilizador, nacido y fundado el mismo en la inestabilidad descoloca todo el orden construido con cuidado y esfuerzo. Ante un bailarín que no para de dar vueltas puede poco el estatismo del árbitro. Ante un insolente se descompone la figura de la autoridad.

“ En A esmorga están desatados los temores y rencores de Eduardito ”

Ese que llevaba años dando vueltas por América irrumpe definitivamente en el centro de esta pista de baile en 1959. Se edita allá en Buenos Aires una novela gallega que detiene la música aquí. ¿Quién es el intruso, que no estaba previsto? Es Eduardito, el orensano, el hijo de una florista; el hijo de un hospiciano de Astorga, Víctor Blanco Expósito, el hijo de varios padres, de nadie, hijo del viento; el nenito lindo perfumado como un paje para lanzarlo al desclasamiento; un jovencito amaricatado y presumido, *Blancaflor*, que se escapó del alistamiento militar en la guerra de África y escapó de contrabando en 1919 para Buenos Aires. Lo que allí anduvo en el amparo de las sociedades gallegas, de la Federación, siempre

pidiendo favores, el que vuelve como corresponsal de *La Nación* por la Galicia y la España de los años treinta. Ese con maneras de dandi deseado detrás de los artistas y figuras famosas, al que persigue García Lorca que al parecer se le escapa porque no aguanta sus amaneramientos y, con todo, consigue arrancarle la edición de los *Seis poemas galegos*.

“ No le fue dada la prudencia en ningún sentido, la despreciaba ”

Ese conferenciante de cualquier cosa remunerada, ese que un mes es galleguista y al siguiente españolista, el discípulo de risco que también es protegido del cacique Bugallal; el pícaro imprevisible en el que casi nadie se fía; el periodista autodidacta que funda y dirige revistas de los gallegos en Argentina, *Terra*, *El Despertar Gallego*; el tunante, que un día le escribe a Manuel Azaña y otro a Perón. Y ahí acostó *A esmorga*, que rompe el curso preescrito a la literatura gallega que estaba renaciendo, sin pedirle permiso a nadie ni avisar. Ni siquiera era cosa esperada por el propio autor, ese autor de versos esforzados y artificiosos, unas veces en gallego otras en castellano. Ese liante que ya ensayara a escribir novela antes, *La catedral y el niño*, una novela decimonónica con niño, pazo y catedral. Ya apareció allí la transgresión, la blasfemia. Y con todo, ese acto blasfemo no hacía imaginar la bajada al abismo que es *A Esmorga*, el retrato de seres caídos a canear por las calles de la ciudad, siempre la misma Auria, hasta la calma final. Un libro que habría enamorado a Buñuel y a Foucault y que deja tocada la sensibilidad de quien lo lee. En *La catedral y el niño* hay una cierta impostación, pero también hay una parte de Eduardito. En *A esmorga* están desatados los temores, deseos, rencores de Eduardito, con toda su violencia. Y también el vientre de un Ourense terrible y verdadero. El libro está emparentado con las obras de la literatura de su tiempo gracias a que Blanco Amor trabajó en la Editorial Emecé, haber conocido a los nuevos escritores porteños, a los compañeros das tertulias del Café Tortoni... A vivir en Buenos Aires. No se habría escrito *A esmorga* bajo el franquismo. Ese libro está hoy mitificado entre nosotros, pero sigue siendo explosivo, eficaz, brutalmente realista y al mismo tiempo abierto a la interpretación y supuso una refundación de la narrativa gallega.

El libro es como el autor, una provocación que obliga a reconocer su existencia, se impone. Esa insolencia desencadena una respuesta inevitable, un castigo. La andanza de Blanco Amor es una danza sadomasoquista, agresión y castigo. A tumbos, hirió con su lengua punzante y fué castigado a un lado y otro del Atlántico. Pícaro mariquita, autodidacta necesitado de protección, condenado al azar.

Aún tendría que regresar a su necesaria y aborrecida Auria en otros dos libros posteriores *Os biosbardos* y *Los miedos*, libro que al parecer escribió primero en gallego y luego tradujo, enfadado por el trato a su anterior novela. Con *Los miedos* intentó el camino de un premio en castellano, el Nadal, pero su novela fue tercera. Editada por Destino, fue denunciada ante la censura, la editorial prácticamente tuvo que esconderla. No, no habría descanso ni refugio para quien, siendo trabajador incansable, sólo tenía su talento y le sobraba orgullo.

“A su alrededor, la gente se separaba en bandos como el agua y el aceite”

No le fue dada la prudencia en ningún sentido, la despreciaba; como despreciaba secretamente a tantos varones prudentes que lo condenaban sentenciosamente. Condenado por imprudente, por orgulloso, por alocado, por maricón sin vergüenza de serlo. Sin duda su homosexualidad no sólo aparece en su obra sino que marcó todos los pasos de su vida provocadora. Una vida escandalosamente suya.

De vuelta con la paga de jubilado argentino, en el año 65, entre Vigo, Ourense, viajes a Madrid, Barcelona, a ofrecer artículos a la prensa gallega, barcelonesa, madrileña, siempre de la mano de amistades que lo recomiendan. Que ese perro viejo consigue ofender a señores y caballeros, a su alrededor la gente se separa en bandos como agua y aceite, y no sólo tiene todos esos enemigos que ve e imagina, también despierta la admiración y la protección de muchos, una ronda. Amigos que saben que en el trato con Eduardo está el recibir ironías y burlas de esa lengua. Son años extenuantes, un infarto, dos infartos, coloca artículos ahora aquí ahora allá (también en este periódico, donde habla de la homosexualidad de Lorca), y siempre busca alguna canonjía que le proteja de la vejez, siempre exigiendo el reconocimiento de su vanidad infinita que necesita y sabe que merece. Hasta que la danza de heridas, coquetería, vanidades, talento, deseo termina y revienta el corazón en un hotel vigués a las dos y media de la mañana del 30 de Santos de 1979. Solo. Abandona la pista de baile el impertinente, el arribista, el petimetre, insolente. Eduardito, bailaste de carajo. Arrasaste con tus zapatitos de charol. Bravo!